

## CONTAR EN TIEMPOS DE FUSILES: APROXIMACIONES A LA ESCRITURA ETNOGRÁFICA

---

JHON ALBERTO PARRA\*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia



\* [jhparrap@unal.edu.co](mailto:jhparrap@unal.edu.co) ORCID: [0000-0001-9260-663X](https://orcid.org/0000-0001-9260-663X)

Artículo de creación. Recibido: 2 de mayo de 2022. Aprobado: 17 de abril de 2022

**Cómo citar este artículo:**

Parra, John. 2022. "Contar en tiempos de fusiles: aproximaciones a la escritura etnográfica".

*Maguaré* 36, 2: 303-316. DOI: <https://doi.org/10.15446/mag.v36n2.102868>

## RESUMEN

Para contar el mundo hay que aprender a sentirlo, escucharlo, verlo e imaginarlo.

La imaginación en sí misma es una forma de narrar y de reivindicar otros espectros de realidad; lo que le otorga un carácter identitario a lo contado es cómo la imaginación logra conjugarse con las palabras y de paso delimita esa poética que hay en cada forma de estructurar aquello que se quiere gritar con símbolos. La antropología en Colombia ha tenido que aprender a escribir en los ritmos que cada partitura de violencia ha sabido componer: una etnografía de la violencia va más allá de nombrar duelos.

*Palabras clave:* cotidianidad, escritura etnográfica, imaginación, literatura, violencia en Colombia.

## **NARRATION IN THE TIME OF RIFLES: APPROACHES TO ETHNOGRAPHIC WRITING**

**JHON ALBERTO PARRA**

### **ABSTRACT**

To tell the world you must learn to feel it, listen to it, see it, and imagine it.

Imagination itself is a way of narrating and claiming other spectra of reality. What gives a specific texture to what is told is how imagination conjoins with words, and in so doing, defines the precise poetics that structures what you want to shout with symbols. Anthropology in Colombia has had to learn to write following the rhythms that each score of violence has been able to compose: an ethnography of violence goes beyond naming duels.

*Keywords:* daily life, ethnographic writing, imagination, literature, violence in Colombia.

## **CONTAR EM TEMPOS DE FUZIS: ABORDAGENS À ESCRITA ETNOGRÁFICA**

### **RESUMO**

Para contar o mundo é preciso aprender a senti-lo, ouvi-lo, vê-lo e imaginá-lo. A própria imaginação é uma forma de narrar e reivindicar outros espectros da realidade; o que dá um caráter identitário ao que é contado, é como a imaginação consegue se conjugar com as palavras e, aliás, delimita aquela poética que há em cada forma de estruturar o que se quer gritar com símbolos. A antropologia na Colômbia teve que aprender a escrever nos ritmos que cada partitura de violência conseguiu compor: uma etnografia da violência vai além de nomear duelos.

*Palavras-chave:* escrita etnográfica, imaginação, literatura, vida cotidiana, violência na Colômbia.

*La ilusión de que la etnografía consiste en hacer encajar hechos extraños e irregulares en categorías familiares y ordenadas –esto es magia, aquello tecnología–, lleva tiempo siendo explotada.*

Clifford Geertz. 1989. *El antropólogo como autor.*

## INTRODUCCIÓN

Lo que sigue a continuación es una invitación a pensar los diferentes tipos de narrativa que como profesionales en antropología o etnografía utilizamos y acerca de los más apropiados, no solo para presentar entre colegas sino para abrir la disciplina a esas comunidades que hemos teorizado.

No solamente hay que pensar las formas y los estilos en los que se escribe, sino también los lugares que toma quien escribe. Por estos días ya sabemos que las fronteras que hacían que un cuento fuera estrictamente un cuento se están desdibujando y que por ejemplo, la poesía está presente en todo lado, y allí precisamente se encuentra la riqueza de los textos, ¿o acaso qué hace que obras como *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* (Poe 1838) sean consideradas novelas, pertenecientes al campo de la literatura, si también se describen formas de vida de esos otros y otras ajenos, lejanos y desconocidos que no somos nosotros? ¿Por qué *El Atajo* (Sánchez 2014) no es un trabajo de antropología cultural si juega tan bien con las cotidianidades y las traducciones entre lugares aparentemente distantes?

El epígrafe de este trabajo arroja luces que alumbran estos interrogantes. A mi modo de interpretar lo dicho allí y trasladándolo a la inquietud que anima este escrito, se podría plantear que el antropólogo es una especie de mago, no propiamente en la medida en que hace aparecer un conejo de un sombrero, sino que muestra y traduce mundos: es capaz de sacar otros mundos del sombrero y hacer de ello un espectáculo entendible. La palabra “tecnología” incrustada en el epígrafe haría referencia a los estilos de los que el mago-antropólogo echa mano para presentar su número. Esto, en someras palabras, sería el estilo literario: tal vez un poema sobre los hombres jaguar, un cuento sobre el Yuruparí, una novela sobre la explotación cauchera. ¿Otra pregunta? “Encajar hechos extraños e irregulares en categorías familiares y ordenadas”, ¿esto es la cotidianidad!

Llegado a este punto, debo confesar que no he sido un lector asiduo de etnografías, pero si de algo me he dado cuenta como consumidor de literatura es que la cotidianidad es un símbolo de conexión de realidades aparentemente lejanas.

Ya para darle cierre a esta sección introductoria, quisiera sugerir el texto de Ricardo Piglia (2015) que brinda una visión más amplia sobre ese situarse del narrador, incluso se atreve a hacer algo así como una génesis del oficio y de quien lo hace. Y para estos personajes que nos van a contar y que vamos a presenciar en sus *cotidianidades*, valdría la pena evocar la grandiosa obra *Seis personajes en búsqueda de un autor* de Luigi Pirandello (2004), la cual exhibe que el autor ni siquiera puede ser concebido como el vehículo por el cual se manifiestan las existencias de esos seres que, como quien escribe o hace antropología, abandona entre las letras.

Los textos que siguen, estructurados en forma de relatos, son una apuesta por narrar algo de lo que ha sido el conflicto armado en Colombia desde otras voces. Los he creado para tejer una intimidad entre los públicos y sus protagonistas. Para lograrlo, parten desde esas cotidianidades rurales, con todo y sus dialectos, con todo y sus interpretaciones de mundo y de su desmoronamiento.

Si bien estas tres historias y sus personajes obedecen al ejercicio imaginativo —mas no ficcional—, han sido alimentadas por cucharadas cruentas de Historia Nacional. Por lo tanto, el carácter etnográfico de estos textos persiste en la medida en que no solamente describen otras esferas y consecuencias de las balas, sino que precisamente se adentran en esos otros mundos, en esas otras realidades y en esas otras sensibilidades.

Esto último tiene mayor relevancia en la composición de las historias, ya que si bien quien las lea podrá situar a los personajes y los acontecimientos en una ubicación geográfica y en una situación en específico, no pretendo confinar los relatos a una región o a un episodio de los tantos que han compuesto esta cinta remojada en hemoglobina, porque las violencias políticas, sociales y culturales que han fracturado el país, no han sido solo de un municipio, vereda o región, todos hemos puesto lágrimas, y cuando eso se mezcla con sangre, se crea una pasta densa que recubre todos los rincones, desde el que se erige a punta de bahareque hasta los que están enchapados con mármol. Eso no es una generalización de la violencia y los duelos, esto es darles una apropiación más amplia a las tragedias.

Los relatos surgieron en pleno contexto de pandemia. A pesar de los confinamientos, lamentablemente pudimos atestiguar cómo seguía el asesinato sistemático de líderes sociales, el desplazamiento de comunidades por los enfrentamientos entre grupos armados (por ejemplo, en Chocó; véase Redacción Actualidad 2020), y otros tantos flagelos que por lo general no salen en televisión. Esos hechos, sumados a la lectura de diversos informes de víctimas en el marco del conflicto armado, elaborados y publicados por el Centro Nacional de Memoria Histórica (CCMH) tales como *Pueblos arrasados: memorias del desplazamiento forzado en El Castillo (Meta)* publicado en 2015, y películas colombianas como *La tierra y la sombra* dirigida por César Augusto Acevedo, estrenada en 2015, alimentaron ese ímpetu por querer mostrar y narrar eso que los titulares de los contagios habían puesto en un segundo plano. Empero, la construcción de personajes, de las atmósferas y las historias como tal, tuvo gran aliento debido a las cuarentenas. En ese fragmento del siglo, cuando el curso habitual del mundo pareció detenerse, había que seguirse moviendo, así que para soportar el encierro era necesario ir a otros lugares, a otras vivencias, habitar otras corporalidades, esto sin la necesidad de romantizar las carencias y las dificultades, así que los relatos también gozan de un carácter performático. Se puede llegar a ser una persona y un personaje diferente que habita en altitudes y latitudes diferentes, atravesado por contextos muy diversos –aunque no endémicos– teniendo un esférico en la mano que se turna entre el papel y la sien mientras se busca la palabra que mejor sonaría para alguien que vive al frente de la playa, o en una zona desértica, o va a lavar a un río, o si es hombre, mujer, niño o un animal que habita en este cuento llamado Colombia, del que hemos empezado a saber y a hablar más después de la firma del Acuerdo de Paz.

#### MARTES 21 DE ABRIL DE 2020. UN PACÍFICO QUE NO ES PACÍFICO

A esta altura de la vida uno no se puede poner a correr, lo año ya pesan y nunca aprendí a andar a paso acelerado usando chanclas. Además es agosto y la ballena están a pocos días de llegar, si es que no es a horas. Para estas épocas uno eja e ir a pescar, es tradición no ir a sacar pescado del mar cuando hay ballenas. Nosotros aprendimos a compartir el agua, y sabemos muy bien que no somos los únicos que se nutren de ella. Mal haríamos con pensar que esos seres enormes no comen. Hay leyenda que dicen que agradejen esto pequeño gejtos, y que en algunas madrugadas próximas

a que empiecen a irse, sus canto acompañan los ritmos e la marimba. Qué gran honor para nosotros. Imagínense ustedes; una banda sonora con canto e las ballena jorobaas y los sonidos del espíritu del bosque.

Cuando yo era pequeño mi taita Asdrúbal quiso enseñame a tocá y a construí marimbas, pero la oreja no me dio pa eso. Uno debe tene el oído muy aguado, pero yo tengo más aguado el ojo. Eso yo soy capaz de ver lo pescao cuando están a unos treinta metros pa bajo e la canoa. Cuando uno nace, crece y se muere estando rodiao e agua, se da cuenta que too lo que uno hace es un arte. Es un arte que algunos tengan la oreja tan entrenaada que sepan cuál pájaro son lo que ejtán cantando. Yo a dura pena pueo reconojé el canto del arrendajo, el compás y el hormiguerito. Es un arte aprendí a teje el salabre, la rastra y lo espinele. Es un arte aprendí a construir marimbas de chonta, bombos, guasás y cununos.

Mi compadre Manuel me ayuó a conquistá a mi negrita a punta e versos, en ese entonces yo tenía veintidó año. Cómo recuerdo eso e bien. Hasta recordando empieza a andarme má rápido el corazón. Juana María era una negra preciosa. De ella me enamoró podé ver e cielo y las estrella en sus ojo igual a como se veía desde el mar en pleno amanecé. El día en el que aceptó se mi novia, le había cantao lo siguiente verso: Alegría mía esta de viví con vos / de soñá toa la noche con usté / siempre y cuando sea teniéndola a mi lao/ en la mima hamaca / en la mima pieza / en la mima casona e madera que haría pa vos. Enseguida se me lanzó a abrazame, yo le zampé un beso y se prendió la fieta. Ese día hubo viche hasta pa lo perro. Unas noche despué, el compadre Manuel nos regaló una botellita e Tumbacatre. Mágica esa bebía, ¿me oyó? Nueve mese despué estaba naciendo mi hijo Octavio. Eso pasó hace ya veintiocho año.

A mi negrita me la mataron por allá en 2018, unos desgraciaos en moto me le pegaron do tiro en la puerta e la casa. Con Octavio y la comunidad estamos seguro que fue porque ella andaba muy metida en defendé la tierra e los pobre. Además ya estábamos empezando a denunciá la problemática por la contaminación e las agua por tanto químico que usan pa extraé el oro.

Eso e tremendo problema, hay alguno pece que ya ni siquiera se pueen sacá del mar porque andan muy contaminao e mercurio, y otros que ya son historia. Po ejemplo, el dorao, que es el mismo pez delfín, eso ya no se ve por acá. El gobierno prefiere ir detrás de una supuesta regalía por la explotación e la tierra y la extracción del oro ante quel cuidao del medio ambiente, e lo animalito y la gente pobre como nosotros.

A mí me han amenazao do vece ya, dizque por andá e sapo denunciando eso. Yo ayé les dije que no me iba a ir e aquí, que mejor me mataran, y que no me iban a callá, y que si me callaban, iba a habe má gente que siguiera denunciado toda esa problemática. Yo creo que de mañana no paso. Ojalá alcance a escuchá la ballena que vienen a dar cría a este lugá el planeta. El má lluvioso. El má trite. El má saqueao. El má pobre económicamente. El má es igual.

Amá me enseñó a tejer la rede pa ir a cogé las merluzas, los bagre rojo y una que otra corvina. Hace un mes tejí algo, era una tula pa que mi hijo e pudiera ir. A él le va mejor en otro lao. Yo tenía unos pesito, eso me alcanzó para mandarlo pa Popayán. Al principio no quería irse, y fue toa una travesía convencelo. Al fina logré hacelo, le dije que, si realmente nos quería a su amá y a mí, lo que tenía era que irse, estudiá y tratá de cambiá un poquito la historia que nos tocó viví.

Oiopango pango e, ay mi chino je me fue  
 Oio pango oio pango pango e, mi hijito e me fue  
 Ay oiopango, oiopango  
 oiopango pango eh.

VIERNES 24 DE ABRIL DE 2020. ANA TULIA

Hoy Ana Tulia se levantó sin ganas, con la mirada agotada de tantas gotas salobres que llovieron de sus párpados y por no haber dormido en toda la noche. Al acostarse dejó el radio prendido y una vela que tenía cerca de la cama: sabe muy bien que las voces de los fantasmas venideros pronto llegarán, y aunque se fueron dos habitantes de aquella morada levantada en madera y tejas de zinc, llegarán dos huéspedes invisibles a hacerle compañía.

Omite ponerse los chagualos, anda descalza sin siquiera darse cuenta de ello. Lleva puesto el mismo vestido beige de ayer, uno de los que le dejó de herencia su madre. Es un vestido sencillo y con escote, tiene un bordado de rosas en donde termina la rodilla, en las mangas cortas y en el cuello. Su cuello está adornado por una camándula a la que le alcanzaron a caer un par de gotas de agua bendita hace dos años en la plaza de la iglesia, justo después de la misa por la bendición del fuego.

Esculca los tiestos en el mesón, no hay tinto, aguapanela ni jugo de guayaba, dos filas enormes de hormigas salen de un racimo de bananos y se pierden por un hueco del marco de la ventana. Desde el radio que habla ronco porque las pilas se le están acabando, empieza a sonar el himno nacional.



Al parecer todo lo que tenga que ver con el Estado y con los símbolos patrios llega a esta región del país ronco y desgastado, si es que llega.

“En surcos de dolores el bien germina ya”. Se muerde los labios al escuchar esto, aprieta los ojos, niega con la cabeza y se desploma a llorar. “El bien germina yaaa”. Esto también se ha demorado en llegar a esta región de Colombia, esto también se ha quedado en letras bonitas y en campaña política. El bien no ha germinado aquí, y si ha tratado de germinar, ha sido aplastado por el pisoteo de miles de cabezas de ganado.

“Cesó la horrible noche”, Ana Julia se revuelca en el suelo de la cocina, sus manos se turnan entre su cabello y su abdomen, se está ahogando en la desesperación y tiene un dolor de vientre, un dolor de ombligo, un dolor de vida. Después de ese verso el radio deja de sonar, ¿será que el Himno Nacional sintió vergüenza con ella y prefirió callarse? No, eso jamás. Debió ser que el radio prefirió dejar de reproducir tantas mentiras, tantas pendejadas, porque ni siquiera hubo educación pa’ enseñarnos el himno nacional completo. O simplemente se le acabaron las pilas.

Se le acabaron las pilas como le acabaron la vida a Ana Tulia, a sus vecinas Marcela, Lucía, Lucrecia y quién sabe cuántas más. Ayer fue el entierro de los hermanos mellizos de Ana Tulia, los mató el Ejército en el patio de su casa, dizque por colaborar con la guerrilla. Se sabe que no fue por eso, que ni siquiera Jaime y Misael andaban en esos pasos, se sabe que un comandante de la brigada que “protegía” esa zona le había echado el ojo a su hermana, pero ella no le había parado bolas porque era un tipo grosero, ya viejo y con muchos rumores tras su nombre. Ella qué iba a saber que la muerte de sus hermanos iba a confirmar esos rumores y que iba a hacer parte del repertorio de historias de ese héroe de la patria.

Cómo sería de tenaz este comandante que, en pleno entierro de los muchachos, sorpresivamente entró un escuadrón del Ejército dizque haciendo patrullaje por la zona, y después de haberse atrevido a darle el pésame a Ana Tulia en medio de los vecinos que la acompañaban en su pérdida y despedida, se le acercó al oído y muy levemente le dijo: “Eso es pa’ que coja escarmiento malparida. A mí nadie me rechaza, mamacita”. Ana se limitó a mirarlo repleta de dolor, no chistó palabra alguna.

Volvamos a la cocina, a esa mañana en la que el radio dejó de funcionar; después de unos minutos de estar sollozando tendida en el piso de la cocina, Ana Tulia se incorpora lentamente y se dirige al tendedero, allí encuentra ropa de sus hermanos ya seca, la retira de las cuerdas y coge camino al río, con la

mirada perdida, triste. Con el caminar abatido, débil. Abraza las prendas de Jaime y Misael, entre una camiseta roja, va un pedazo de jabón El Tigre.

El río no quedaba muy lejos, no tarda más de cinco minutos en llegar. Se agacha, remoja la ropa en el río y se dispone a lavar. A esa hora del día no ha llegado nadie ni a lavar ni a bañarse ni a nada, ni siquiera hay ganado jartando agua. Termina de lavar la camiseta roja, el pantalón de jean raído de Misael y empieza con la sudadera verde de Jaime. No ha llorado desde que salió de la casa.

Cuando termina de lavar la sudadera, escurre la ropa y la deja al lado de la piedra que sirve para restregar, se quita su vestido y el viento que ya empieza a correr acaricia sus senos adornados por la camándula deshilachada. Se mete al río hasta las rodillas, se restriega las piernas, las axilas y se lava la cara. Vuelve a la orilla, sumerge el vestido en el agua, lo saca, lo escurre y lo pone sobre el agua, el río se lo lleva. Después hace lo mismo con la ropa de sus hermanos; el río se lleva las prendas. Camina en la dirección hacia la que el río se llevó la ropa: el agua cubre sus rodillas, sus caderas, su cintura, sus senos. Ya no puede caminar, se resbala, solamente alcanza a salir de vez en cuando su cabeza con una expresión tranquila en el rostro y los ojos inexpresivos. Al cabo de unos minutos ya no se ve: el río también se la ha llevado.

#### SÁBADO 23 DE MAYO DE 2020. HUGUITO Y LOS GIGANTES

Juan Gabriel se disponía a sacar a andar los chivos, tarea habitual que realizaba desde hace quince años. Veintidós cabezas en total, uno de ellos canadiense, era el ejemplar del que más se sentía orgulloso y al cual halaba de la cabuya con recelo cuando alguien se lo preguntaba, siempre en el primer lugar de la fila, siempre el primero en agua, el más mimado, hasta le tenía nombre: Huguito.

De un tiempo para acá, el paisaje ha venido cambiando un poco, así como la sensación de calor e incluso la cantidad de aves e insectos. El motivo del cambio de la temperatura tiene que ver básicamente con el cambio en las direcciones del viento y, bueno, también por eso es que Juan Gabriel, otras personas y comunidades enteras han visto cerca de sus rancherías aves que no habían observado antes y menos en esas proporciones.

Huguito camina a paso consentido tras Juan Gabriel, quien le acaricia la mandíbula y le dice que dentro de poco llegarán de vuelta a casa,

que hoy no irán muy lejos porque ha escuchado rumores sobre el robo de chivos y que desde que empezaron a instalarse esas cosas tan altas, la inseguridad anda algo disparada, que él piensa que son estrategias de las multinacionales para que la gente se aburra y se vaya de sus tierras sin necesidad de matarlos, amenazarlos y mucho menos comprar sus tierras.

Qué forma tan vil de romper con las tradiciones e identidades de este tipo de comunidades, mediadas tanto por el valor del intercambio, por ejemplo, de animales, como por la relación con su tierra, pero aún más importante: por la palabra, de la que se sirvieron las multinacionales para poder irse metiendo de a poquitos a esta región del país e irse apropiando de tierras en las que han empezado a instalar torres aerogeneradoras de casi trescientos metros de altura. Juan Gabriel lanza una mirada triste al horizonte, donde antes podía verse algo de vegetación y el atardecer o el amanecer en un esplendor inimaginable, ahora hay unos gigantes blancos con aletas que rompen el cielo y se roban a su dios viento.

El Estado, en ninguna de sus tantas visitas, fue capaz de hacerles saber lo que realmente estaba detrás de esos proyectos que presentaron con tanto bombo y platillo; solamente quedó instalado en el discurso el supuesto progreso económico para la región, la incentivación al sector del turismo por obras tan ambiciosas y las mejorías en acceso a servicios públicos como la electricidad. No hubo tiempo para decirles que la instalación de esas torres iba a deteriorar su tejido social, sus identidades culturales, su arraigo por la tierra y su medio ambiente. No hubo tiempo porque el tiempo se iba repartiendo maletas con kits escolares marcados por el logo de las multinacionales que se iban a instalar allí, no hubo tiempo por estarse tomando fotos con los niños sonrientes, mientras les estaban dando un jugo con un pedazo de pan y una pera.

Al Estado colombiano se le olvidó mencionarles a las comunidades indígenas que sus intereses eran meramente económicos, que al gobierno qué putas le importa que unos patirrajados vayan a rezarle al viento cerca de lo que era un río, y mucho menos que en el sitio en donde una multinacional tiene pensado instalar dos mil torres para generar energía, sea el lugar en el que despiden a sus muertos porque es el sitio de traspasar a otra vida, eso no importa, lo que importa es el billete.

Juan Gabriel se sienta a contemplar esos gigantes blancos y a repensar su territorio, saca un pedazo de yuca y se lo da a Huguito a escondidas de los otros chivos, empieza a recordar que se ha quedado solo, que su hija

se casó, ahora vive en otra ciudad y no atiende al llamado de sus sueños desde hace meses. Recuerda que a algunos de sus vecinos les ha tocado irse; que hace poco vio una foto de dos vecinas con sus hijos en brazos tocando unos instrumentos y con la mirada perdida sobre un puente de Transmilenio en Bogotá, recuerda y se le caen las lágrimas, Huguito las localiza con su olfato y se lanza a lamerlas.

El cielo empieza a vestirse de un azul más fino, el calor comienza a ser sofocante, unas gotas de sudor alcanzan a asomarse tímidamente por la frente morena, pintada así por el sol y por los genes, les echa un vistazo a sus animales, tuerce un poco los labios y suspira profundamente. Él mismo ha empezado a temer que el progreso del que el gobierno habla por la radio siga ganando más terreno y su cultura lo siga perdiendo, en sus buenos tiempos tenía unos cuatrocientos chivos, de un tiempo para acá, como los recursos empezaron a ponerse más escasos y las cercas de los corrales las ha ido corriendo el progreso, así mismo ha disminuido el número de animales que tiene. Se conmueve un poco y saca el pedazo de yuca que le queda y un plátano, los reparte entre los otros animales, Huguito de primeras, claro está.

Retorna por el camino hacia donde vive, le sigue hablando al chivo canadiense e invita a los otros a que se unan a la charla, ¿será que esto es un sueño? Recibe un rotundo: *beeehg* como respuesta conjunta, se restriega los ojos y después de unos segundos los abre; se encuentra con una sombra infinita proyectada desde un pitillo gigante que parece succionar el cielo, hace un gesto negativo y prosigue con su arreo.

Dos horas de caminata después llega al rancherío en donde vive, percibe los rostros tristes, pero no se atreve a preguntar, ya presiente de qué se trata, él mismo se prepara para que sus gestos, sus emociones y sus sueños cambien, deja los animales en el corral, se despide de Huguito y le da una palmada cariñosa en el espinazo, en su enramada encuentra un papel que dice:

¡AVISO DE DESALOJO! EL GOBIERNO COLOMBIANO, POR MEDIO DE LAS CONCESIONES SOBRE EL USO DEL SUELO, LE OTORGA EL TERRENO EN DONDE ESTÁ CONSTRUIDO ESTE PREDIO A: EMPRESAS PRIVADAS DE MACONDO, QUINCE DÍAS PARA DESALOJO A PARTIR DE LA FECHA DE NOTIFICACIÓN.

#### APRECIACIONES FINALES

Las historias que aquí he ofrecido se entretajan en la medida en que sus protagonistas y personajes han sido sujetos excluidos históricamente. En los relatos no solamente está presente el sufrimiento auspiciado por lo bélico sino los factores que de alguna u otra forma se constituyen como veedores del caos. Por un lado, las políticas y agentes estatales, cuya presencia militar ha fortalecido las acciones de despojo y violencia de otros actores armados cuyos efectos se extienden al dominio coercitivo sobre los cuerpos de mujeres y la naturaleza y no ha garantizado que las comunidades cuenten con lo mínimo para satisfacer sus necesidades básicas, por el otro, los discursos de progreso que han sido bruscos no solamente en los ámbitos sociales sino también ambientales, en pos de generar productividad y riqueza a partir de la explotación de los recursos naturales, marginar a las poblaciones y a todo lo que no se ajuste a esos modelos de “desarrollo”, esto es, el modelo neoliberal.

Si bien los relatos no apuestan por ser propios de una locación geográfica como mencioné en la introducción (por el carácter identitario y territorializado de los traumas), cada región carga con sus penas: unos desplazamientos los otorga la ganadería extensiva con los mugidos incluidos, unas muertes las patrocina el dulce sabor de los monocultivos de la caña, unas desapariciones aparecen en la medida en que hay líderes que se preocupan por el cuidado del medio ambiente, las inequidades de género que atraviesan esos procesos y la manera como los hombres violentos castigan a las mujeres “desobedientes” que protestan por las condiciones de opresión o que se niegan a complacer los deseos de hombres con poder castrense; de modo que el progreso también tiene sus métodos de hilar, pero tejer a color es lo que le da más grosor a la tela de quienes han sido empujados a vivir en las orillas de un país que les ha dado la cédula pero el cual no los ha sabido nombrar.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acevedo, César-Augusto (director). 2015. *La tierra y la sombra* [película].

Bogotá: Burning Blue SAS.

CNMH. 2015. *Pueblos arrasados: el Castillo, Meta*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.

- Geertz, Clifford. 1989. *El antropólogo como autor*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós.
- Ochoa-Suárez, Mauricio. 2020. "Energía eólica: un tema de alto voltaje para los wayú". *Semana, Actualidad*, 14 de enero. <https://www.semana.com/impacto/articulo/energia-eolica-un-tema-de-alto-voltaje-para-los-wayu/47189/>
- Pirandello, Luigi. 2004. *Seis personajes en busca de autor*. Madrid: Biblioteca Edaf
- Piglia, Ricardo. 2015. *La forma inicial: conversaciones en Princeton*. Buenos Aires: Trivilius.
- Poe, Edgar-Allan. 1838. *Arthur Gordon Pym*. Nueva York: Harper.
- Redacción Actualidad. 2020. *Colombia registra más de 10.000 desplazados en lo que va de 2020*. Colombia.com, Redacción Actualidad - EFE, 27 de abril. <https://www.colombia.com/actualidad/nacionales/cifra-de-desplazados-en-colombia-naciones-unidas-268719>
- Sánchez, Mery-Yolanda. 2014. *El atajo*. Bogotá: Universidad Javeriana.